

EL LIRIO AZUL

(Leyenda gótica)

I

Amplia cámara de un castillo feudal, que se yergue altivo en áspera sierra levantina.

Es noche de invierno, fría y despacible. Silba el viento, filtrándose por las rendijas de los ventanales trebolados; o allá fuera, murmura como mar encrespado, abatiendo la espesa pinada que rodea el castillo y aullando pavorosamente por el cañón de la chimenea señorial.

Frente al hogar de mármoles y bronces, reposa el castellano en alto sitial, viste blanca túnica y lleva bordada en el pecho la roja

cruz de los templarios. Es hermoso y es altivo: relampaguea en sus ojos el fuego de su raza indomable y late su corazón apasionado con feliz ritmo, al verse otra vez entre los suyos, después de larga y penosa cruzada...

A su lado, la castellana reclina lánguidamente su cabeza de virgen gótica sobre los cojines de su silla de roble, de complicadas y quiméricas labores. Reclinado sobre el regazo, juega con las trenzas de oro de la dama, un infante rubio como un arcángel; tiene la mirada fiera de su padre y señor, y la dulce sonrisa de su madre adorada: de vez en cuando

torna la cabeza y mira, con los relámpagos de sus ojos, al juglar que en el centro de la cámara acuerda su salterio dulcemente.

A los pies del castellano un mastín negro como el diablo, tendido sobre las marmóreas losas, contempla con asombrados ojos los juegos diabólicos de las llamas del hogar. Cada vez que un tronco, verde aún, estalla en rosarios de chispas, el mastín levanta la cabeza y sigue con la mirada las brillantes partículas que vuelan por la cámara un momento y caen al apagarse de súbito convertidas en diminutos copos de ceniza.

Sobre la blanquísima piel de oveja duerme otro infante, rubio también como su hermano. Descansa la dormida cabecita sobre el lomo del mastín y una de sus manos sujeta aún la dorada cadena del collar de la negra bestia. Durmióse jugando con el mastín y éste no osa moverse para no despertar a su pequeño amo y tirano: sabe que es el Benjamín del castillo y que podía costarle caro interrumpir su sueño.

Un poco más lejos, rodeando a los castellanos y al juglar, están los servidores del castillo: escuderos, pajes, palafreneros, hombres de armas, dueñas y doncellas... Un fraile reza en un rincón, desgranando soñoliento su rosario de huesos de oliva del huerto sagrado de Palestina. El viejo cronista, junto al tonsurado, aprieta contra su pecho cavernoso el apolillado

librote en que leía cuando entró el juglar... Y sentados sobre un arca de hierro, que guarda los cronicones y las ejecutorias de los castellanos, disputan en voz baja el verdugo y el bufón del castillo, los dos vestidos de rojo: ¡son la Risa y la Muerte! ¡Tanto monta una como otra! ¡Siempre juntas!

Todos esperan que el juglar comience la leyenda que ha prometido cantar, acompañada de músicas sutiles y acordadas.

Y el juglar sonríe en medio de la amplia cámara, sentado en su escabel de roble. A sus pies están revueltos la capa, la espada y su gorra de velludo. De súbito, al bajar la cabeza para acordar mejor la nota del salterio, ve que el pomo de su espada troncha la pluma bermeja de su gorra... y la aparta con el pie.

¡Ya ha acordado el poeta su salterio! ¡Ya sabe qué leyenda va a recitar! Una mirada de contento que escampa el juglar por la cámara, así lo dice... Un suspiro amortiguado de todo el auditorio da a entender que esperan afanosos aquel momento... ¡Hace tanto tiempo que no venía ningún trovador al castillo! El castellano, antes de partir a Tierra Santa, dejó mandado que no entraran en el castillo ni los vencesjos. Había vuelto el señor sano y salvo, y con él tornaron la alegría y el bullicio. El castillo volvía a ser lo que fue: palacio de fiestas y alcázar de la felicidad. El castellano había ase-

gurado que las guerras eran acabadas y que comenzaba el reinado de la paz.

Pero el juglar sonríe... Suena el salterio muy suave y dulcemente, y sin cesar la música, comienza el poeta a recitar su leyenda, con voz clara y un tanto trémula de emoción. Según baja o sube el acento sentido del trovador así suena el salterio con mayor o menor dulzura. Si la palabra es lenta, para que llegue al corazón de los oyentes toda entera, así también el músico poeta retarda el ritmo de su melopea... El auditorio piensa que una misma cosa, un solo ser son hombre e instrumento; por lo menos, cree que una misma alma inspira a los dos...

Escuchad... La voz dulce y melodiosa del juglar dice así, en lengua preciada y rica de los sabios y los viejos:

"La flor del lirio azul.

"Loado sea el nombre de Dios, señor de los señores, rey de reyes...

"Amiga del hombre es la sabiduría, y su enemiga la locura...

"Cuando a otro haces mal, a ti mismo lo haces...

"Era un rey, rico y poderoso, que poseía el bien de una esposa virtuosa y de dos príncipes nobles y hermosos. Y sus vasallos adoraban al buen rey; pero el buen rey no vivía contento, porque estaba enfermo de mal del alma. Y

ningún sabio conocía su dolencia y ninguna hierba tenida por milagrosa lo sanaba...

"Él sabía que el príncipe, su primogénito, tenía celos de su hermano menor, y éste era el mal que entristecía los días del rey sabio y valeroso.

"Y llamaron a una hada, porque los sabios doctores de la corte no entendían de dolencias del ánimo.

"Y el hada vino; acercóse al lecho de roble y oro del señor rey, y dijo que la flor del lirio azul lo sanaría, y que sólo el príncipe digno de reinar la encontraría y poniéndola sobre el corazón del doliente, sanaría. Y dicho esto, el hada desapareció, como rayo de luna entre sombras...

"Y el rey doliente llama a sus dos hijos, díceles que cabalguen en sus alazanes y mándales que busquen y traigan la flor preciada que ha de curar su invencible melancolía. Y promete, delante de toda su corte, que aquel de sus hijos que traiga la flor azul, heredará su cetro y su corona de oro, su manto de armiño y púrpura, y los viejos libros en donde está escrita toda la sabiduría, y reinará sobre sus vasallos.

"Y los dos príncipes cabalgan, salen por la puerta del gótico alcázar con el vendaval y caminan por el mundo a la ventura. El primogénito camina por las ásperas sierras, siempre peñas arriba, buscando la aspereza bravía que an-

helaba su alma. Y su hermano menor bajaba de las sierras al llano, añorando la tranquila placidez de los verdes valles, acordes con la poesía de que estaba lleno su corazón. A aquél lo guían la Ambición y la Envidia; a éste el Amor...

"La Envidia conturba y pierde por las ásperas montañas al príncipe celoso de su hermano. El Amor aclara el entendimiento y enseña el camino real, llano y sin tropiezos, al príncipe que amaba a su hermano primogénito.

"Y vinieron las tinieblas tras el día luminoso y la tierra fue envuelta por densa oscuridad. Pero una luz blanca guiaba al rubio infante y a su alazán por el camino que conducía al llano. Y las tinieblas ofuscaron y extraviaron por barrancas y bosques al primogéni-

su copo; interrógala. La viejecita te indicará el camino que has de seguir.

"—Gracias, buen leñador. Dios os premiará y el señor rey os pagará.

"Y camina que caminarás, que pronto llegarás, pasa puentes y gargantas, precipicios y montañas, sin dejar nunca el camino que conduce a la plana.

"Y llega a la luz, verde como la esperanza de sus ensueños, y pregúntale a la vieja que hilaba su copo:

"—Buena mujer, ¿me diríais dónde florece el lirio azul que cura las dolencias del alma? Mi padre, el sabio y buen rey mi padre, muere de melancolía y una hada manda que le lleve el lirio que curarlo ha.

"—Siempre el camino

barrancas y bosques al primer
to del rey.

"Llegó el buen príncipe, que amaba a su hermano, a donde brillaba la luz blanca y vio a un leñador en su choza, aderezando su cena, y díjole:

"—Buen hombre, buen leñador, ¿me dirías dónde florece el lirio azul que cura las dolencias del alma? Mi padre, el sabio y buen rey mi padre, muere de melancolía y una hada manda que le lleve el lirio que curarle ha.

"—Sigue, príncipe, el camino real... ¡No te apartes jamás de él! ¿Ves aquella luz, verde como la esperanza? Ella te guiará... Cuando llegues a esa luz, verás junto a ella una viejecita hilando

que curar...
"—Sigue, príncipe, el camino real... ¡No te apartes jamás de él! ¿Ves aquella luz, azul como el cielo? Ella te guiará... Cuando llegues, verás junto a ella una hada joven y hermosa como el Amor, regando las flores del jardín de la Dicha: interrógala. El hada te dirá dónde crece la flor que sanará al sabio y buen rey de tu padre.

"—Gracias, buena mujer. Dios os premiará y el señor rey os pagará.

"Y camina que caminarás, que pronto llegarás, pasa puentes y gargantas, precipios y montañas, sin dejar nunca el camino que conduce a la plana, y llega a ésta

y al palacio del hada de la Dicha. Y la lucecita azul como el cielo, era la luz del día, que surgía por Oriente al encuentro del buen príncipe.

"Y el príncipe interroga al hada que regaba las flores del jardín del Amor.

"—Buena hada, ¿me dirías dónde florece el lirio azul que cura las dolencias del alma? Mi padre, el sabio y buen rey mi padre, muere de melancolía y una hada manda que le lleve el lirio que curarlo ha.

"—Sigue, príncipe, el río que besa los cimientos de mi alcázar y pasa el puente de piedra: descabalga en la opuesta ribera; baja a la orilla del río, nombrado Riu d'Arenes, y allí encontrarás hundidos sus raíces y sus tallos en el agua pura y cristalina, el lirio azul que cura las dolencias del alma. Coge dos flores: guarda una en tu pecho; cabalga llevando la otra en la diestra; vuelve al palacio del sabio y buen rey tu padre y él sanará llevando la flor sobre su corazón.

"—Gracias, buena hada. Dios os premiará y el señor rey os pagará.

"—Escucha aún, buen príncipe: no hayas desesperanza si la Ambición y la Envidia te salen al camino; no dudes aunque llegues al martirio... Ten fe en Dios, en mí y en la milagrosa flor... Ten también fe en ti mismo, y la fe te salvará y sanará el corazón del rey.

"Y el buen príncipe dobla la rodilla, besa la mano del hada blanca como la nieve y pura como la mística azucena, cabalga y se aleja pensando que es el hada muy hermosa; de un azul de hechizo la luz de sus ojos y de una dulzura incomparable su voz célica y divina. Y cuanto más se aleja, más hondo se clava el dardo amoroso en su corazón, virgen aún de amores... y piensa que si no hubiera de buscar el lirio que cura las dolencias del alma para el señor rey que muere de melancolía, él se quedara, para siempre, en el palacio del hada hermosa...

"Y siguió el curso del río, y llegó al puente de piedra, obra de gigantes, y descabalgó en la ribera opuesta, cuajada de lirios que surgían como verdes sonrisas de esperanza en la misma orilla de la corriente clara y rumorosa. Pero los lirios estaban sin flor y el infante quedó sorprendido y maravillado. Y con los ojos cuajados con las perlas de su llanto, clamaba al cielo:

"—¿Cómo sanará el sabio y buen rey mi padre? ¡Buena hada, acudidme, que el rey morirá si no le llevo la flor del lirio que cura las dolencias del alma!

"Y de la misma orilla del río de entre las verdes matas de lirios sin flor y la corriente diáfana y rumorosa, surgió el hada de los ojos azules y la voz dulcísima. Y mirándole con el suave fulgor de sus ojos de cielo, hablóle con el

hechizo de su voz, dulce como miel de abejas, mostrándole en sus manos de mística azucena, dos floridos lirios azules como dos jirones del cielo.

"—Toma, buen príncipe, y corre al palacio donde gime el buen rey tu padre. Esconde esta flor en tu pecho, libre de envidia; lleva esta otra en la mano y cabalga. . . y camina a tu martirio, que será tu gloria. Yo soy el hada que fue al palacio del rey tu padre a curarle la dolencia del alma; yo era la luz verde como la esperanza, que te guió por las ásperas sierras durante la noche tenebrosa; fui también la lucecita azul como el cielo que te guió a mi palacio, y soy también el hada que regaba las flores del jardín del Amor, cuando llegaste a él. Te estimo con sano corazón y puro pensamiento. Y sabe, buen príncipe, que la buena hada mi madre, que estuvo presente en tu nacimiento, predijo que serías rey, pero que no sería sin ceñir antes tus sienes la corona del martirio. . . Ve; sigue tu camino. Camina que caminarás por la senda de tu destino: yo velo por ti. . .

"Y desapareció. Quedóse el príncipe con las dos flores azules en sus manos puras de envidia, guardando en su alma el recuerdo del suave fulgor de los ojos de hechizo y el eco de la voz dulce, dulcísima del hada hermosa.

"Y sacóle de su ensueño de amor, un caballero que a lomos

de un caballo, negro como la Muerte, cruzaba el puente y venía hacia él. Y guardó una flor en su pecho, junto a su corazón, como había mandado la buena hada, y teniendo la otra en la diestra, cabalgó y esperó.

"Y se encontraron los dos hermanos junto al puente famoso de Riu d'Arenes. Porque el caballero que venía vestido con negra armadura y cabalgando sobre negro potro, era el príncipe primogénito del sabio y buen rey, a quien guió la Ambición por las ásperas sierras; y que bajaba al llano, después de buscar vanamente por aquéllas el lirio que cura las dolencias del alma.

"Y el príncipe, su hermano, no le reconoció al pronto porque sus armas de bruñida plata eran negras como la noche; y hasta su bravo alazán habíase tornado negro como la Muerte, que tanto es el poder de la Ambición desmedida y de la Envidia sin freno.

"Y el príncipe negro vio que su hermano tenía el lirio miraculoso en la diestra y que otro no florecía en la ribera; y fue a él y lo mató, hundiéndole su negra espada en el pecho, y le quitó el lirio; y cavando una fosa con sus uñas diabólicas, enterró al inocente príncipe bajo el puente, en las arenas del río.

"Pero como lo enterró de prisa y con miedo en el corazón, al echar con sus zarpas montones de arena sobre el cuerpo del prínci-

pe su hermano, el fratricida dejó, mal tapados a flor de tierra, algunos rizos de la rubia y sedosa cabellera, que milagrosamente comenzaron a crecer, cubriendo las removidas arenas de un espeso y verde cañaveral. Y al fratricida, lejos de asombrarle aquel prodigio, le hizo sonreír... Creía que el diablo le ayudaba a borrar las huellas de su crimen; lanzó una carcajada, que resonó sobre la tierra como la de Caín al ver caer muerto a Abel a sus manos, cabalgó y presto tornó al palacio del sabio y buen rey; entrególe el lirio y el señor rey sanó.

"Pero ciertamente que toda la corte espera al buen príncipe, y el buen príncipe no torna a palacio. Y el señor rey manda a sus caballeros que lo busquen y lo traigan a su palacio. Y la reina, su madre, llora la ausencia del hijo amado, sin recatar su llanto. Pero el sabio rey esconde sus lágrimas... ¡que es hombre y es rey!

"Y los caballeros de corte salieron y no lo encontraron en la sierra, ni en el llano, ni en parte alguna... Y ya retornaban desesperanzados, cuando al pasar en sus caballos por el puente de Riu d'Arenes, vieron a un pastorcillo sentado junto a un cañaveral, abstraído en su labor de cortar una caña para hacer un caramillo.

"Y los caballeros detuvieron sus caballos y uno de aquellos descabalgó, acercóse al pastor y

preguntóle por el hijo del rey. Y el pastorcillo se puso a tocar el caramillo y de éste salió una voz quejumbrosa que cantaba:

"—Pasa, pasa, bon pastor;
pasa, pasa, y no'm nomenes,
que m'han mort en Riu d'Arenes
per la flor del lliri blau...

"Y al oír la voz del príncipe que sonaba dentro del caramillo en su dulce lengua nativa, llevaron al pastor al palacio del señor rey, al cual dijeron que no sabían del príncipe más que lo que el caramillo del pastor lloraba y cantaba.

"Y el señor rey hizo sonar el caramillo y la voz doliente decía:

"—Pasa, pasa, señor rey;
pasa, pasa, y no'm nomenes,
que m'han mort en Riu d'Arenes
per la flor del lliri blau...

"Y toda la corte, llevando al rey sabio y bueno al frente, y al pastor con su caramillo al lado, y al primogénito entre sus caballeros, se encaminó a Riu d'Arenes; y el leñador y la vieja les guiaron; llegaron al puente; lo pasaron y detuviéronse todos juntos al cañaveral. Y una vez allí sonaron el rey, y el pastor, y los caballeros el caramillo, y el caramillo lloraba y cantaba su triste queja.

"E hicieron tomar el caramillo al príncipe fratricida, y asesino por envidia, y el instrumento no

sonó. Y el señor rey tornó a mandar a su primogénito que tocara el caramillo, y el caramillo no sonaba.

"Y entonces todas las cañas del cañaverol, movidas por la brisa marina, sonaron con dulce música y entre ellas una voz dulce y apagada lloraba y cantaba:

"—Pasa, pasa, mal germá;
pasa, pasa, y no'm nomenes,
que m'has mort en Riu d'Arenes
per la flor del liri blau...

"Y toda la corte y el señor rey miraron fieramente al asesino por envidia, y allí mismo maniataron al fratricida, que temblaba de remordimiento.

"Y buscaron el cuerpo del buen príncipe entre las cañas; y al tocar éstas el sabio y buen rey, trocáronse en los rubios cabellos del hijo amado y perdido... y éste surgió de la fosa, llevando aún la flor escondida en el pecho; todos querían que el príncipe asesino fuese muerto y enterrado en la misma fosa que él abrió para su hermano. Pero éste no quiso.

"Y el señor rey quería que fuese cargado de cadenas y encerrado vivo por toda su vida, en un castillo roquero y desierto. Pero el buen príncipe no quiso... y le perdonó de todo corazón y mandó que le dejaran libre. Así lo hicieron... y el fratricida cabalgó en su caballo negro como la Muerte y salió de la presencia del rey y

de su reino. Y por el mundo camina, hostigado por la Envidia y espoleado por la Ambición, aún furioso y malcontento... cruzando sierras, atravesando valles, buscando la flor del lirio azul que cura el mal de Envidia, sin encontrarla nunca. Que este mal de la Envidia no lo cura la flor del lirio ni otras flores de este mundo, ni tal vez del otro...

"Y la corte, el señor rey, el buen príncipe y el pastor con su caramillo, tornaron contentos al palacio guiados por la hermosa hada, y encontraron a la señora reina y buena madre, llorando de alegría por el retorno del hijo amado y de pena por la maldad del hijo ausente.

"Y el buen príncipe, que tenía henchido de amor el corazón, casó con el hada de ojos de azul de hechizo y reinó, cuando de mal de vejez murió el sabio y buen rey, entregándole al morir su cetro y corona de oro, su manto de púrpura y armiño, y los viejos libros en los que estaba escrita toda la sabiduría.

"Y vivieron luengos años, felices el buen príncipe y la hermosa hada; y hubieron de amor muchos y nobles hijos, y ninguno de ellos padeció de mal de Envidia, porque eran sanos y limpios de corazón...

•
"Y aquí acaba la leyenda del lirio azul.

"Loado sea el nombre de Dios, señor de señores, rey de reyes...

"Amiga del hombre es la sabiduría, y su enemiga la locura...

"Cuando a otro haces mal, a ti mismo lo haces..."

II

Calló el juglar, y aún seguía sonando la acorde música en el salterio, como un comentario de la poética leyenda que no quería extinguirse de súbito en los corazones de los oyentes.

Un rumor de alegría y de aprobación coronó el recitado del juglar. Todos le miraron asombrados... y pensaron por si el castellano le dejaba salir del castillo roquero sin narrar todas las historias que sabía el poeta errabundo. "¡Era un bello trovador! No parecía miserable: joven y gentil, tenía la distinción y la arrogancia de los nobles de raza y de corazón. ¡Quién sabe quién sería! ¡Quizá algún noble mal avenido con la etiqueta palaciega y enamorado del oficio de músico y poeta y narrador de glorias y tragedias principescas! ¡Quizá corriera sangre real, aunque bastarda, por sus venas! ¡quién sabe...!" —pensaban los oyentes.

La castellana de trenzas de oro y dulce mirar, contemplaba al trovador con los ojos arrasados en lágrimas, mirando alternativamente al infante dormido sobre la piel de oveja y al que reclinado en su

regazo jugaba con sus crenchas áureas... ¡Quién sabe las congostas que aquella historia había levantado en el pecho de la amorosa madre!...

El mastín seguía con la mirada fiera y asustada, las chispas de oro que estallaban los retorcidos tizones en el hogar de mármoles y bronce...

El viejo cronista del castillo templario escribía en su viejo librote, forrado de pergamino, la leyenda del Lirio Azul que acababa de recitar, quizá de improvisar a la vista de los dos tiernos infantes, el gentil trovador. Y la leyenda improvisada la convierte en crónica legendaria el viejo cronista. "Hay que escribirla y comentarla. Estos poetas, que tienen tanto de músicos y narradores como de locos y tomadizos, pueden olvidar o reformar en detrimento de la verdad y de la belleza sus propias creaciones... Hay que escribir e incrustar en las crónicas del castillo esa bella leyenda..."

—piensa el cronista; y con su nombre pasa a la historia aquella narración y la historia ignorará siempre el nombre del gentil juglar que la inventó. ¡Oh, él no se apena por cosa de tan poca monta! Sabe que, en cuanto desaparezca del castillo, olvidarán también el nombre del juglar que recitaba tan lindas trovas y leyendas... y le basta con la gloria de un instante de triunfo...

Después, todo sigue como antes...

El bufón cabalga sobre el verdugo... ¡La Risa y la Muerte siempre juntas! Los dos se acercan al fraile, que reza aún, cabeceando, pasando las cuentas de huesos de oliva del huerto santo de Palestina...

El cogulla, que perdió la hermosa leyenda por no interrumpir su rezo, ríe con el bufón y con el verdugo. Los dos hacen burla del juglar... éste no repara en ello. Se irá del castillo antes que detener sus ojos soñadores en los dos espantajos trágicos...

El castellano descíñe su bolsa de cuero; de ella saca unas do-

blas de oro y las arroja con gesto magnífico sobre el revoltijo que forman la caja, la espada y la gorra de velludo del juglar.

El poeta no las recoge... diríase que no ha percibido el grato son del oro sobre el acero de su espada. Mira sonriente a su alrededor, desvanecido por su primer éxito de poeta, y buscando luz de inspiración en los ojos de azul de hechizo de la castellana de las trenzas de oro, acuerda su salterio dulcemente y comienza a narrar, quizá a improvisar, otra poética leyenda...

**BERNARDO MORALES
DE SAN MARTÍN.**

El brujo postergado. Don Juan Manuel 97

<http://archivosborges.blogspot.mx/2008/01/el-brujo-postergado.html>

FLORIAN DE OCAMPO

(1495-1558)

ANÍBAL.—Era entonces Aníbal, mancebo de hermosa disposición, alto y delgado de cuerpo; la cara la tenía larga; la nariz ahilada; las barbas y cabellos encrespados y mucho bien puestos; era muy bien razonado, muy cortés en demasía; la conversación mucho dulce, con la cual tenía mezclada la gravedad mansa y amorosa, llena de buen dinaire. Cuando le hicieron esta vez gobernador y capitán de los ejércitos y señorío que Cartago tenía dentro de España, sería de hasta unos veintiséis años; y puesto que fuese mozo, conocíase dél tanta sagacidad y prudencia, que primero ni después, nunca se halló capitán en las cosas de

SIGLOS XV AL XVI

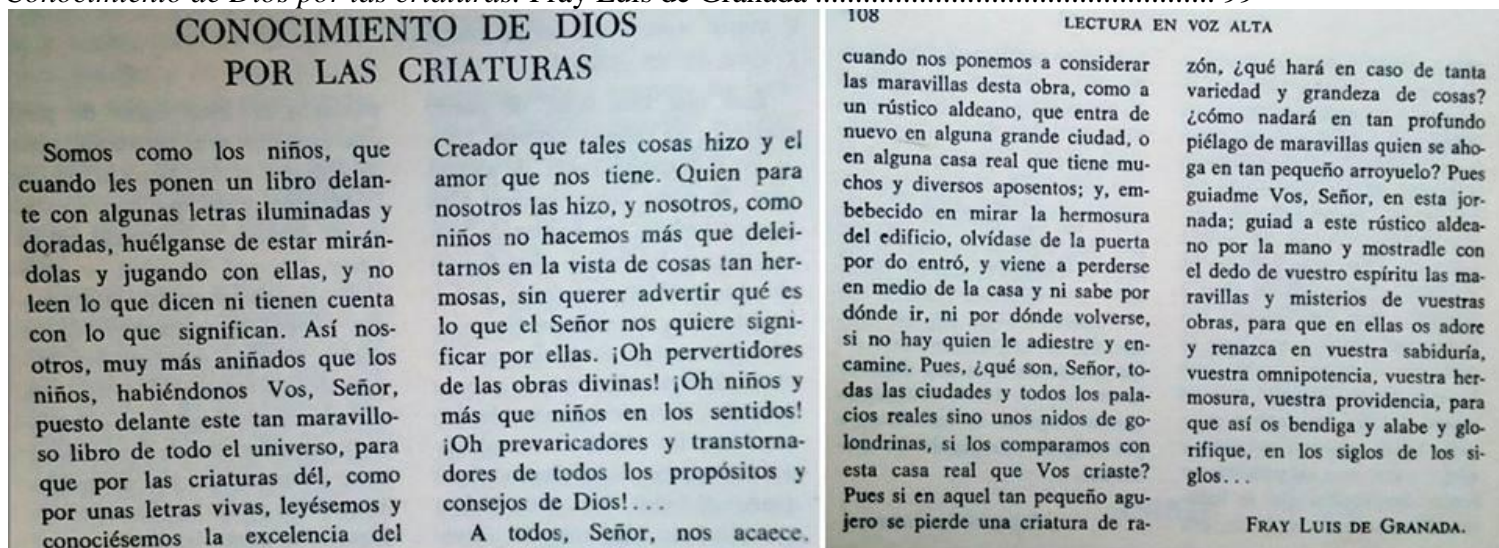
57

guerra más industrioso ni sabio. Jamás tuvo persona tal ingenio para dos cosas diversas, que son: obedecer y mandar, ni con más entendimiento lo pudo hacer; tanto, que la gente del ejército, de ningún otro se confió más, ni con igual osadía venía a las frentes, que cuando sabía estar él presente. Fué muy osado en cometer cosas peligrosas, y muy inclinado a tratar hechos difíciles; y lo que suelen tener pocos hombres, de que le venían mayores peligros, no se turbaba, para que por ellos dejase de tomar consejo reposadamente y usar dél. Nunca receló fatiga, ni su corazón fué vencido de pensamientos ni cuidados, como quie-

ra que los tuvo más continuos y mayores que ningún otro de su tiempo. Sufrió con igual perseverancia la calor y los fríos; en su comer templadísimo; no tenía tiempo señalado para dormir, sino cuando le faltaban ocasiones o negocios. Allí no descansaba sobre lechos o camas delicadas, porque muchas veces, en las guerras que tuvo después lo hallaron en el suelo revuelto con las velas y guardas de su real, cubierto con las mantas groseras que traía la gente. Sus vestiduras y trajes, como las comunes del ejército; toda su pompa y arreo fué siempre guarnecer armas, procurar caballos y allegar y favorecer las personas valientes dondequiera que se hallasen. Cuando venían al frente, primero que nadie rompía las batallas de a pie o de caballo como lo tomaban, y postrero de todos salía dellas. Tenía maravillosa presteza para seguir cuantas buenas ocasiones le viniesen; que fué siempre cosa muy principal en la guerra y en los otros negocios humanos. Finalmente, cuanto debió tener un capitán muy perfecto y esmerado, lo tuvo tan acabado, que si le vencieron alguna vez, no fué por su falta ni por dejar de hacer todo su deber, sino por la mucha flaqueza de los suyos o por sobrada valentía de los contrarios.

(CRÓNICA GENERAL DE ESPAÑA.)

[https://books.google.com.mx/books?id=40IM08wWDx0C&pg=PA56&lpg=PA56&dq="Era+entonces+Aníbal+mancebo+de+hermosa+disposición"](https://books.google.com.mx/books?id=40IM08wWDx0C&pg=PA56&lpg=PA56&dq=) (copiar y pegar todo; los nexos de Google Books no se salvan correctamente en el archive.org)



http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/introduccion-del-simbolo-de-la-fe--0/html/fedb9048-82b1-11df-acc7-002185ce6064_2.html

(Comienza: Somos como los niños, que cuando les ponen un libro delante; Termina: de todos los propósitos y consejos de Dios!

Reinicia: A todos, Señor, nos acaece, cuando; Concluye: os bendiga y alabe y glorifique en los siglos de los siglos.)

Autorretrato. Miguel de Cervantes Saavedra 100

<https://profevio.wordpress.com/2013/10/02/el-texto-descriptivo-autorretrato-de-miguel-de-cervantes/>

Don Quijote y el caballero del verde gabán. Miguel de Cervantes Saavedra 101

<http://www.spanisharts.com/books/quijote/2capitulo16.htm>

(Comienza: En estas razones estaban; Termina: causado nueva admiración a don Diego.)

Texto

Fue inclinado a los estudios de la filosofía, y en ellos fatigó con felicidad, y mereció grande aplauso de los griegos. Prefirió la doctrina del divino Platón a todas, y siguiola. No aprobó la nueva y media Academia, y agradose más de la antigua, y siempre entre todos los sabios reverenció a Antíoco Ascalonita. Fue Marco Bruto en la lengua latina bien acomodado al estilo militar y cortesano. En la griega, con dicha afectó la brevedad lacónica. Prueban esta sentenciosa concisión sus cartas, donde pocas palabras dan luz a grandes discursos, sin que el letor eche menos lo que falta, ni deje de leer lo que no está escrito. Lo poco en sus epístolas parece que sobra, y lo que sobrara en otro no parece que falta en él. Uso de las palabras como de la moneda; razonaba oro, y no metal bajo; valía una razón ciento: tantos quilates subía su lenguaje.

Discurso

Puede el hombre con ardimiento y con bondad ser valiente y virtuoso; mas faltándole el estudio, no sabrá ser virtuoso ni valiente. Mucho falta al que es lo uno y lo otro, si no lo sabe ser. La valentía mal empleada se queda en temeridad, y la virtud necia hace mal en el bien que no sabe hacer; y es a veces peor la virtud viciosa y la valentía desatinada que la cobardía cuerda y el vicio considerado, cuanto es mejor lo malo que se enmienda que lo bueno

que se empeora. Poco se diferencian el hacer mal con lo bueno, por no saber hacer bien, y el aprovechar el malo con lo malo, porque sabe hacer bien y mal. Dificultoso parece que de la virtud, siendo santa, pueda hacer delito el mal ejercicio. El oro es precioso, y dado en moneda es merced, y disparado en bala es muerte; y sin perder lo precioso queda culpado. El que dijo que las virtudes consistían en medio, no consideró el medio de la Geometría, sino el de la Arismética, que resulta de lo bastante, entre lo falto y lo demasiado: de la manera que la religión está con majestad entre la herejía menguada y la superstición superflua. Contrarios de la virtud son quien la quita números y quien se los añade, como el número siete lo deja de ser bajando a cinco y creciendo a nueve. El conocer en Marco Bruto que era virtuoso y que sabía serlo, le encaminó para su riesgo los buenos y los malos que en su edad vivieron en Roma. Los unos le acompañaban, los otros le aventuraron. Era apacible al pueblo su vida, y a los padres agradable su conversación y el estilo de sus escritos, en que ni él se cansaba ni cansaba; al revés de muchos que ponen la elegancia en no empezar a decir ni acabar de hablar. Lo que más le autorizó el seso, es afianzarle en que aborrecía las novedades cuando aprobó la Academia antigua contra las opiniones modernas. Esto fue promesa de su puñal contra la nueva introducción del imperio de Julio César. Perdió el mundo el querer ser otro, y pierde a los hombres el querer ser diferentes de sí mismos. Es la novedad tan mal contenta de sí, que cuando se desagrada de lo que ha sido, se cansa de lo que es. Y para mantenerse en novedad, ha de continuarse en dejar de serlo, y el novelero tiene por vida muertes y fallecimientos perpetuos. Y es fuerza, y que deje de ser novelero, u que siempre tenga por ocupación el dejar de ser.

La verdadera ciencia de la vida. Anónimo hindú 105
<https://eleklektiko.wordpress.com/2008/12/04/la-parabola-de-la-verdadera-ciencia-de-la-vida/>
Retrato del Dante. Tomás Carlyle 107
<https://ia801408.us.archive.org/9/items/lecturasparamuje00mistuoft/lecturasparamuje00mistuoft.pdf> (p. 260)
 Y
[http://www.cbachilleres.edu.mx/apps/libroestudio/pdf/TLR/TLR%20I-Reforma%20\(Plantel%2017\).pdf](http://www.cbachilleres.edu.mx/apps/libroestudio/pdf/TLR/TLR%20I-Reforma%20(Plantel%2017).pdf)
 Y
<http://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MC0003267.pdf>
Juventud y vejez del paraíso. Chateaubriand 107
<https://metodologiadelainvestigacionhistorica.wordpress.com/> (Comienza en: Es verosímil suponer que el autor; y
 Termina en: los amores y toda la juventud del universo.)
Enrique ve la flor azul. Novalis 108

ENRIQUE VE LA FLOR AZUL

Enrique se hundió progresivamente en dulces fantasías y se durmió. Soñó entonces en lejanías que se perdían de vista y en regiones agrestes y

desconocidas. Iba sobre el mar con facilidad incomprensible; vio animales maravillosos; vivió con hombres diferentes, ya en guerra, en salvajes tumultos, ya en

138

tranquilas cabañas. Cayó cautivo y en la miseria más ignominiosa. Todos los sentimientos se excitaron en él hasta un grado que jamás había conocido.

Le pareció ir solo a una sombría floresta; únicamente de trecho en trecho la luz se abría paso entre la espesura. Pronto llegó a la orilla de un barranco. Tuvo que subir sobre piedras cubiertas de musgo; un antiguo torrente las había llevado hacia allí. Cuanto más avanzaba, se aclaraba la flores-

Imágenes nuevas, jamás vistas, aparecían a sus ojos, fundiéndose unas en otras para convertirse en seres reales. Cada onda del estanque lo enlazaba dulcemente como en un abrazo...

Embriagado de asombro, pero consciente de cada impresión, nadó cómodamente siguiendo el curso luminoso que iba a verterse del estanque a las rocas. Un dulce sopor se apoderó de él y soñó aventuras indescriptibles. Lo despertó otra cla-

ta. Al fin llegó a una pequeña pradera a la falda de la montaña. En el confín de esa pradera se levantaba una gran piedra a cuyo pie vio una abertura que parecía ser la entrada de una galería abierta en la roca. Esta galería lo condujo a una gran explanada iluminada con luz tan viva, que desde muy lejos se distinguía su claridad.

Al entrar vio un chorro luminoso que, como si brotase de un manantial, subía hasta la bóveda y allí se quebraba en millares de chispas que caían en un amplio estanque. Brillaba el chorro como oro fundido. No se escuchaba el menor ruido: un silencio sagrado rodeaba aquel magnífico espectáculo. Se aproximó al estanque cuya superficie estaba cubierta con ondas de mil colores. Las paredes de la gruta se bañaban en aquel extraño líquido que no quemaba, sino que estaba helado y proyectaba sobre ellas claridad azulada.

Enrique metió la mano en el estanque y humedeció sus labios. Entonces sintió como si un aliento sobrenatural penetrase en él, sintiéndose en lo más profundo de su ser, fortificado y refrescado. Experimentó un irresistible deseo de bañarse, se desnudó y se metió al estanque. Parecía que las brumas crepusculares lo envolvían y una sensación deliciosa lo llenó completamente. Innumerables ideas bullían en su imaginación.

Encontróse sobre una blanda alfombra de césped, al borde de una fuente que lanzaba sus aguas al aire, donde parecía evaporarse. Rocas de color azul sombrío, con vetas de todos colores, se erguían a distancia.

La luz del día que lo bañaba era más clara y suave que de costumbre y el cielo era azul oscuro, absolutamente limpio.

Pero lo que le atrajo extraordinariamente fue una gran flor de un azul luminoso que se erguía junto a la fuente y la rozaba con sus hojas largas y brillantes. Alrededor de ella y en número infinito, había flores de todos matices. El ambiente estaba lleno del más delicado aroma.

Enrique no veía más que la Flor Azul; la miró durante algún tiempo con ternura inexplicable. Al fin quiso acercarse a ella cuando, de pronto, la flor comenzó a moverse y a transformarse. Las hojas se hicieron más brillantes y se apretaron contra el tallo que crecía. La flor se inclinó hacia él y los pétalos dejaron ver en un cáliz azul, un delicado rostro. Su dulce emoción iba creciendo con esta metamorfosis maravillosa, cuando de pronto, la voz de su madre lo despertó.

Se encontraba en su alcoba ya iluminada por el sol de la mañana.

NOVALIS

[https://books.google.com.mx/books?id=UbUdtWPs6aYC&pg=PA138&dq="Enrique+ve+la+flor+azul"](https://books.google.com.mx/books?id=UbUdtWPs6aYC&pg=PA138&dq=) (Los nexos de Google Books no se salvan correctamente en el archive.org).

<i>Una cacería fantástica.</i> Gustavo Flaubert	111
http://www.lashistorias.com.mx/index.php/archivo/la-leyenda-de-san-julian-el-hospitalario/ (Comienza en: Julián había cruzado el parque; y Termina en: el tejado de su palacio.)	
<i>El tesoro de los pobres.</i> Jean Richepin	113
http://www.biblioteca.org.ar/libros/6710.pdf (es una traducción diferente de la que incluye Arreola)	
<i>El ruiseñor y la rosa.</i> Oscar Wilde	115
http://ciudadseva.com/texto/el-ruisenor-y-la-rosa/	
<i>A la primavera.</i> Henrik Wergeland	120
http://www.dcsyhfi.unam.mx/nigromante/etc/content/0904.pdf (pp. 11-12).	
<i>Ante la Ley.</i> Franz Kafka	121
http://ciudadseva.com/texto/ante-la-ley/	
<i>Esta calamidad de los zapatos.</i> H. G. Wells	122
http://repositorio.educacion.gov.ar/dspace/bitstream/handle/123456789/107698/Monitor_8345.pdf	

EL VISITANTE

Tú no lo sabes, te habrían distinguido de momento en lo alto de la calle. Me pregunto aún qué vestido llevarías. Pero bajo tu brazo izquierdo guardabas una camisa de franela envuelta en un periódico. Te la darían por el camino y tú la aceptaste. No tendrías pan en los bolsillos, porque tu sistema era, sí, sentarte en casa de la gente, a su mesa. Una bolsa de cuero es algo muy pesado, y los que llevan maletas no quieren deshacerse de ellas. Por otra parte, no tenías nada para poner dentro.

Habrían adivinado todo aquello al primer golpe de vista. Tú preguntabas el camino en una de las casas del pueblo. Te iban a descubrir pronto. Cada uno te clasificaría según su propia ciencia. Un niño diría:

—Madre, este señor lleva una barba larga.

Y la madre le habría respondido:

—Y tiene un aire pacífico.

Entonces llegabas a nuestra casa. Mi madre te abriría la puer-

ta. Inmediatamente te hubieras puesto a referirnos tu historia:

—En verdad, señora, acabo de llegar a pie de Moulins. He pasado por Bourbou y luego me perdí en el bosque. Acabé por encontrarme en Gennetines. Allí los almadreñeros me han dicho: "Mira, el primer pueblo que encontrarás es Cerilly. Puedes hacer alto en casa de algún almadreñero, por ejemplo, en la Cruz Blanca. Los almadreñeros son buena gente." Rieron, me ofrecieron un vaso de vino blanco, pero no acepté. "No me gusta el vino, señora."

Y mi madre te habría contestado:

"He oído hablar tanto de usted que casi le hubiera ya adivinado. Nació por Navidad, me acuerdo porque lucía una magnífica estrella."

Y mi padre, habiendo oído tu voz, acudiría al punto, casi sin tiempo para dejar la herramienta. Y sin saber que eras el Hijo de Dios, habría dicho:

—Oh, yo conocía al padre de

usted. No sé por qué han contado que era carpintero: era aserrador de tablones. Una vez yo atravesaba el bosque con un cochecito que tiraba mi asno. El padre de usted trabajaba con otro hombre, muy cerca del camino. Yo bajé del coche y hablamos largo rato.

Y mi madre añadiría enseguida.

—Bien podrías haber dejado la herramienta para contar todo esto.

Tú te habrías reído. Mientras, ella proseguiría:

—Pero, señor. No atino en nada. Primero debe usted tener sed y luego tal vez hambre también.

Y tú habrías respondido:

—En verdad, señora, que soy hábil para descubrir fuentes. Pero no tenía sed. A lo largo del camino he visto mucho trigo. Los campos son tan hermosos que no se piensa en el esfuerzo: diríase que la tierra produce directamente el pan blanco. No, señora, es que tengo los pies un poco lastimados. He andado desde la madrugada cuarenta kilómetros.

Sólo algunos días más tarde se nos habría ocurrido: "Debíamos haber bajado el sillón del cuarto de arriba, para que descansara mejor."

Cuando el mantel fuera puesto sobre la mesa, tú habrías dicho:

—Pero, señora, no se tome tanta pena. . .

Te aseguro que habrían puesto un mantel. Y que la madre añadiría:

—Es cierto, no tengo gran cosa para ofrecerle. En fin, tal vez encontraremos una tortilla, ensalada y un poco de queso. Pero aguarde un momento: voy a buscar algún embutido.

Tú te habrías resistido:

—Nada de esto, señora. Si hubiera sabido que os iba a molestar de tal manera, no me habría detenido entre vosotros.

A pesar de todo hubiera ido por unos embutidos:

—Está usted cansado y le conviene comer algo sustancioso y reconfortante.

Y mi padre proseguiría:

—Decía usted, a poco de entrar, que no le gustaba el vino, aun cuando no le gustase, debe tomar algo porque nos da mucha fuerza.

—Pero si es que ya estoy acostumbrado a la miseria. ¿Creéis que en todas partes me atienden como lo hacéis vosotros?

Y habríamos quedado muy contentos.

Tú comerías abundantemente, pero sin glotonería y sólo como para librarte del hambre. Y como te gustaba hablar, nos habrías dicho:

—Ya lo veis, el ideal de hoy ya no es el ideal de un joven de Balzac, a quien le faltaba gloria, fortuna y amor. Por lo que hace al amor, no os diré más que una palabra: creedme, el amor no se recibe, se da. Por otra parte, mirad, Satanás me tentó ya por tres ve-

ces. Llevaba muchos días sin comer. Entonces fui a dar con él, porque sigue a los que pasan hambre. Y me dijo: "Si eres el Hijo de Dios ordena a esta roca que se torne pan." Y le respondí: "¿Y qué dirán de mí los que no tienen el poder de tornar las piedras en pan?" Luego me condujo a la cima del Puy-de Dôme. Desde allí se divisa toda Francia. Y me dijo: "Si te prosternas ante mí, te haré su rey." Entonces, sólo de pensarlo, me reí. Después me mostró un precipicio y me dijo: "Si eres el Hijo de Dios, tírate por aquí abajo, pues está escrito que ordenará a sus ángeles que vengan a salvarte en sus brazos." Y le respondí: "¿Ignoras que yo he venido al mundo para ser un hombre como los demás?"

Luego he pensado mucho en la realeza. No, sabedlo bien, no pertenezco a la raza de los ricos. Mirad, he aquí una pequeña anécdota: estoy cierto que os reconoceréis en ella. Conocí en París a un escritor pobre y tenía por costumbre andar diciendo: "Eso ya hace mucho tiempo que dura." Un día se le presentó un negocio: uno de sus libros iba a reportarle algunos miles de francos. Y se ejercitaba en la idea de hacer un viaje y en la de abandonar el despacho donde estaba empleado. Al cabo de algún tiempo vino a suceder que se frustró el negocio. Alguien le dijo: "Qué disgusto debe haber tenido usted." Y respondió:

"Ah, no lo crea, señor, usted no puede comprender qué alegría profunda y como orgánica me ha sobrecogido. Me pareció que dos manos asían de mí y me volvían a los de mi raza." Además, conocí un obrero que ganaba mucho. Y que andaba diciendo: "No me envidiéis. Si me da la gana tomo un coche, como en abundancia, fumo cigarros de treinta y cinco céntimos. ¿Queréis que os confiese la verdad? No he logrado encontrar el equilibrio. Toda la vida me hago el efecto de un obrero descentrado."

Habrías dicho todas estas cosas sin detenerte, como en un movimiento de charla. Se hubiera podido pensar: "¡Ah, cuándo los hijos de los obreros tendrán educación!" Hay un hijo del notario que es coronel, pero oíd cómo se expresa. Es más entendido que un general. Aquel otro tiene una condecoración pero es sencillo, muestra tanta llaneza...

Y todo ello nos habría devuelto a la cuestión importante. Mi padre te preguntaría:

—¿Es usted verdaderamente el Hijo de Dios?

Y tú responderías:

—Sí, lo soy.

Habrías bajado los ojos y enrojecido modestamente.

En ese momento mi hermanita y yo llegaríamos de la escuela. Tú nos hubieras dicho:

—¡Oh, los dos pequeños! Ven a mí, Luisín; ven, Luisita...

Porque ya sabías nuestro nombre.

—Venid, os abrazaré a los dos.

Y nos habrías abrazado y besado en la frente. Todo el resto de mi vida hubiera sido yo un genio. Tal vez sería yo quien escribiera los Evangelios.

Hasta llego a creer que tú habrías hablado de eso:

—Mi buen muchacho, si eres bueno y te aplicas mucho en la escuela, cuando seas grande te emplearé en escribir mis Evangelios.

Me habrías evitado muchos pesares. Desde el primer momento hubiera tenido una hermosa tarea para llevar a cabo. Y además, ¡el tema me hubiera gustado tanto!

Entonces me habría sentado en una sillita sin ningún miedo. No me atrevería a separar mucho los brazos y las piernas, porque los niños tenemos siempre miedo a excedernos, de no ser lo bastante comedidos. ¿Sabes lo que voy a decirte? Sé muy bien que te queremos por tu corazón, y que es algo como un amor por correspondencia, pero yo hubiera referido cómo eras tú. Y te miraría tanto, que no me hubiera sido preciso volverte a ver. Tu barba era rubia, se diría que iba bajando según el declive, y que no la llevabas cuidada, sino tal como te salía. No te parecías a las pinturas que vemos, donde para ser tú mismo tienen que cuidarte la cabeza. Pero tus ojos... Existen ojos activos, cuya mirada parece salir,

vigilarnos, mondarnos, como que nos hace caminar ante ellos. No eran así. Tus ojos existían en ti, distinguíamos su doble ventana, formaban parte de tu casa, y nosotros tratábamos de acercarnos a ellos, como para ver en su interior. Y así es como te apoderabas de los hombres. Tus ojos comunicaban directamente con tu corazón, los distinguíamos enseguida, y ya no podíamos apartarnos. Bien lo sabes, en tu país de Oriente, existen unos frescos licores, que en cuanto has mojado en ellos los labios, ya no puedes defenderte, y de sorbo en sorbo los has de apurar hasta que no queda una gota. Así era lo que pasaba con tus ojos.

Tus mejillas tenían un rojo de ladrillo, a causa del aire libre, y los huesos de tu cráneo estaban bien soldados. Tenías verdaderamente el aire del hijo de un carpintero.

Y yo te habría mirado para retenerte en mi memoria, con pensamientos como éste: "Un poco más, porque casi me iba a olvidar cómo eran sus manos." Y te hubiera pintado hasta en tu carne.

No habría necesitado ser una mujer para sentir deseos de derramar perfumes en tus cabellos.

Siguiendo la charla, habrías dicho cosas como éstas:

—No es necesario estudiar la cuestión. A ojos cerrados, yo sé muy bien que son los pobres los que tienen razón.

Y como te fijabas en todo, y como te interesabas también por los niños, habrías notado que te escuchaba. Y te referías a eso:

—Compañerito, es preciso escuchar mucho a los demás.

Y de súbito, tú que no haces frases, y que no preparas tus efectos, habrías añadido:

—Y ahora que digo Je escuchar, me parece que hace mucho rato que estoy hablando. Ya veis, no me aburro con vosotros, pero es preciso que me marche. He de pasar aún por la selva para ver a los leñadores. Es preciso que les encuentre cuando terminan el trabajo. Tengo muchas cosas para decirles.

Y como eras ya para nosotros un personaje importante, obediéndote, no intentaríamos retenerte. Entonces te marchabas, pero ya habías estado con nosotros.

Lo que pasó después no podría recordarlo exactamente. Tal vez

nos quedamos sentados los cuatro alrededor de nuestra mesa. Tú eras el declive natural de nuestras almas.

Un hermoso día, tras un silencio, sin que ninguno de nosotros hubiera hablado especialmente de ti, tal vez mi padre diría:

—No comprendo por qué tienen tantas cosas que reprocharle. Todo cuanto dijo era perfectamente cabal y lleno de justicia.

Mas luego, al acordarnos de tus palabras, habríamos llegado a comprenderlas. Y como nos lo dijiste todo de golpe, algunas veces nos hallaríamos confusos ante las cosas. Pero esto no iba a durar mucho:

Tú has dicho: “Yo no soy el Consolador, pero os envío al Consolador.”

¿No era así como lo entendías?

CHARLES LOUIS PHILIPPE

Las huellas del alma. José Ortega y Gasset 139

<http://diarreaverbal.blogspot.mx/2005/07/el-significado-de-las-cosas.html>

La copa volcada. Johan Welhaven 140

<http://elbarcodelasfirmas.mforos.com/1692083/11173499-la-copa-volcada/>

El nido de aguzanieves. Selma Lagerlöff..... 141

https://www.facebook.com/permalink.php?id=284951274985146&story_fbid=289171387896468

El vivonne. Marcel Proust 143

<http://www.taringa.net/comunidades/lacasadelgatonegro/9070438/El-Vivonne-Marcel-Proust.html>

Adolescencia. James Joyce 144

<http://ciudadseva.com/texto/retrato-del-artista-adolescente/>

(Comienza en: Solo. Libre, feliz, al lado del corazón salvaje de la vida; y Termina en: las puertas de todos los caminos del error y de la gloria. ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Adelante!).

La inspiración. James Joyce 145

<http://ciudadseva.com/texto/retrato-del-artista-adolescente/> (Comienza en: Despertó hacia el amanecer; y Termina en: y tornó a reclinarse sobre la almohada).

Himnos breves. José Vasconcelos 147

<https://ia800200.us.archive.org/25/items/mxicomodernore01mxuoft/mxicomodernore01mxuoft.pdf> (pp. 1-3a).

Liompa. Yuri Oliosha 149

<http://te-a-tro.blogspot.mx/2006/07/liompa-yuri-oliosha.html>

Estilo oscuro, pensamiento oscuro. Azorín 153

<http://lenguajeadministrativo.com/wp-content/uploads/2013/05/azorc3adn-estilo-oscuro-pensamiento-oscuro.pdf>